

XIII Domingo Tiempo ordinario

Sabiduría 15, 13-15; 2, 23-24; 2 Corintios 8,7-9; 13-15; Marcos 5, 21-43

«No temas; basta que tengas fe. Contigo hablo, niña, levántate»

1 Julio 2012 P. Carlos Padilla Esteban

*«Es posible dejar nuestros juicios y prejuicios de lado
y entregar misericordia al corazón herido que tenemos ante nosotros»*

Sucede con frecuencia que encasillamos con gran facilidad. Nos detenemos un momento y, en seguida, surge el juicio en el corazón. Casi sin darnos cuenta. Tenemos nuestra medida; sí, una medida usada desde pequeños. Tal vez la usaron con nosotros. Tal vez la heredamos y la hemos perfeccionado. Es la medida que aplicamos para nuestras cosas: «*Esto debe ser así y esto otro de esta otra manera*». Nos volvemos muy exigentes con nosotros mismos y nos ponemos exigentes con los demás. Por eso no entendemos que haya otras formas de hacer las mismas cosas. Nuestra medida nos parece la más verdadera y eficaz. De esta forma nos molesta que aquellos a los que más queremos se escapen a esta medida y actúen de forma diferente. «*Algo va mal*», pensamos. Y nos quedamos encerrados en nuestra medida, preguntándonos con impaciencia por qué los otros no ven las cosas como nosotros las vemos. ¡Sería todo tan fácil! Es tal vez por eso que tenemos gran facilidad para percibir «*la mota en el ojo ajeno*», la pajita, el más mínimo error, la más pequeña diferencia. Por el contrario, no somos capaces de percatarnos de nuestras debilidades. La viga en el propio ojo nos pasa desapercibida. Y nos resulta fácil corregir cuando nos creemos en posesión de la verdad. En esos casos nos sentimos satisfechos y contentos con nuestro mundo. Y así miramos complacidos la calamidad del mundo que nos rodea. «*Hacen todo mal*», pensamos. Nos mostramos inflexibles, arrogantes y exigentes, cuando se trata de cambiar la vida de los demás. «*Sólo quiero ayudarte*», decimos con fingida humildad. Por otro lado, con nuestros errores somos permisivos y tolerantes, encontrando alguna excusa que justifica nuestras caídas. Olvidamos así una gran verdad: «*La medida que uséis la usarán con vosotros*». **Y seguimos nuestro camino sentando cátedra y mostrando a los demás sus errores.**

No nos gustan ciertas actitudes, comportamientos y acontecimientos y por eso caemos en el juicio. Entonces nos olvidamos de una máxima importante: «*Nos encadena lo que rechazamos y sólo lo que amamos nos hace libres*»¹. Aceptar al otro tal y como es, amarlo en su debilidad y en su riqueza, es el único camino. Pero antes de aceptar a los demás tenemos que aceptarnos a nosotros mismos. Sin caer en ese juicio, sin usar siempre esa medida aprendida que nos limita y hiere. «*Asentimiento es liberación, oposición es sufrimiento*»². Aceptar significa entender que nuestra vida puede estar marcada por la cruz que nos quita la paz y no por ello ser una vida despreciable. Supone entender y asumir que los demás no van a comportarse, ni van a reaccionar, como quisieramos que lo hicieran y no por eso no nos quieren o nos rechazan. Que no hagan lo que nosotros creemos que es lo mejor, no significa que nos rechacen como personas. Aceptar el mundo tal y como es, sólo es posible como gracia de Dios. Porque nuestra tendencia natural es pretender que la realidad se adapte a nuestra concepción. Más allá de nuestros

¹ Joan Garriga Bacardí, “¿Dónde están las monedas?”, 31

² Joan Garriga Bacardí, “¿Dónde están las monedas?”, 49

parámetros pensamos que no hay nada. Y ese pensamiento nos hace sufrir cuando las cosas no salen de acuerdo a lo que esperamos. Entonces la frustración, la amargura o el odio, acaban envenenando el ánimo y nos hacen esclavos de esos sentimientos que se enquistan en lo profundo del alma. **Aceptar nos libera, rechazar nos esclaviza.**

Para cambiar la realidad, el mundo que nos rodea, es necesario empezar cambiando nuestras rigideces. Pero no es tan sencillo. Es necesario ser muy generosos para hacernos capaces de abrirnos a otras formas de pensar y de vivir. Resulta difícil. Hoy escuchamos las palabras de San Pablo: «*Ya que sobresalís en todo: en la fe, en la palabra, en el conocimiento, en el empeño y en el cariño que nos tenéis, distinguíos también ahora por vuestra generosidad. Porque ya sabéis lo generoso que fue nuestro Señor Jesucristo: siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza. Pues no se trata de aliviar a otros, pasando vosotros estrecheces; se trata de igualar. En el momento actual, vuestra abundancia remedia la falta que ellos tienen; y un día, la abundancia de ellos remediará vuestra falta; así habrá igualdad. Es lo que dice la Escritura: -Al que recogía mucho no le sobraba; y al que recogía poco no le faltaba*»² Corintios 8,7-9; 13-15. No es tan sencillo ser generosos con nuestra vida. Tendemos a guardar, a amasar pequeñas fortunas, olvidándonos de las penurias ajenas. Nos guardamos nuestros bienes y talentos, hasta nuestro amor. Nos volvemos egoístas con lo que recibimos gratis. Y eso que sabemos que la realidad sólo puede cambiar a través del amor. Porque el amor tiene una fuerza transformadora única, como el agua en la grieta de la roca que, al congelarse, logra romperla. Su fuerza es inimaginable. Ya lo decía San Agustín: «*Se te impone este breve precepto: ama y haz lo que quieras. Si callas, calla por amor; si hablas, habla por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Que viva en ti la raíz del amor, pues de esa raíz no puede proceder más que el bien*». Si juzgamos el mundo que sea desde el amor y la misericordia. Es la única fuente de vida. Nuestra mirada sobre los que nos rodean, y son diferentes a nosotros, tiene que ser desde el amor. Hace un tiempo leía: «*Amar a alguien no quiere decir que tenga que gustarnos, amar a todos los seres no quiere decir que todos tengan que gustarnos. Perdonar a alguien no quiere decir aceptar lo que hace ni que nos guste su forma de ser*»³. El amor exige aceptación. El amor nos lleva a acoger en nuestro corazón al que se acerca. Sin juzgar sus formas, sin condenar, sin destacar lo que no nos gusta, sin despreciar lo que no se adapta a nuestra forma de pensar. Es un amor que enaltece y dignifica. **Un amor diferente que procede de Dios.**

La negación de la realidad nos hace esclavos. Su aceptación nos libera. Jairo tenía una hija enferma. Jairo quería cambiar la realidad y por eso busca a Cristo. Sabe que Él puede curarla. Pero antes de iniciar ese camino tiene que aceptar en su corazón la enfermedad de su hija. La mujer hemorroísa, enferma desde hace años, tiene que aceptar su condición de enferma. Sin esa aceptación sigue siendo esclava. Ambos quieren cambiar la realidad que no les gusta, pero antes tienen que aceptarla. ¿Cómo se puede aceptar lo que hiere el alma? ¿Cómo se puede besar la cruz que nos tira al suelo? Hoy escuchamos: «*Dios no hizo la muerte ni goza destruyendo a los vivientes. Todo lo creó para que subsistiera; las criaturas del mundo son saludables: no hay en ellas veneno de muerte, ni el abismo impera en la tierra. Porque la justicia es inmortal. Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo a imagen de su propio ser; pero la muerte entró en el mundo por la envidia del diablo, y los de su partido pasarán por ella*» Sabiduría 15, 13-15; 2, 23-24. Dios nos hizo para la eternidad, nos creó para vivir en su presencia. Pero la muerte entró en el mundo. Continuamente nos enfrentamos con los límites, con nuestra contingencia. Por eso nos gustaría poder cambiar las cosas. Nos gustaría acabar con la injusticia y el dolor, con la enfermedad que no comprendemos. No obstante, antes de que todo eso pueda cambiar, es necesario que pueda ser aceptado en nuestro corazón. Una vez aceptado se puede pedir un milagro, que tal vez nunca llegue a suceder como pensamos. **El mayor milagro es que vivamos con paz todas las cosas.**

³ Raúl de la Rosa, “El ermitaño que veía películas de Hollywood”, 62

Dos milagros se entrecruzan hoy en el Evangelio. El primero es la resurrección de una niña que yacía muerta. El segundo la curación de una mujer enferma. Dos mujeres heridas de muerte. Dos mujeres que recobran la vida. Jairo, jefe de la Sinagoga de Cafarnaúm, va a buscar a Jesús porque su hija está enferma: «*En aquel tiempo, Jesús atravesó de nuevo en barca a la otra orilla, se le reunió mucha gente a su alrededor, y se quedó o al lago. Se acercó un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo, y, al verlo, se echó a sus pies, rogándole con insistencia: -Mi niña está en las últimas; ven, pon las manos sobre para que se cure y viva.*Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía e años. Muchos médicos la habían sometido a toda clase de tratamientos, y se había gastado en eso toda su fortuna; pero, en vez de mejorar, se había puesto peor. Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, pensando que con solo tocarle el vestido curaría.» Jairo tiene fe en Jesús y por eso va a buscarle. Tal vez por el papel importante que ocupa se atreve a molestar a Jesús. La mujer hemorroísa, por su parte, invirtió una gran fortuna intentando curar su enfermedad y no logró la sanación. Sin embargo, no se atreve a pedir nada. No se siente digna. Esta enfermedad era considerada «*impureza legal*». No es fácil saber el origen de esta separación, pero estaba prohibido tocar o acercarse a una mujer en esas circunstancias. Era una enfermedad que ni se podía mencionar. Aquella mujer debía saber muy bien que era una intocable. No podía clamar ni pedir su curación. Si hablaba y pedía algo así, sería rechazada. Pero ella también cree en el poder de Jesús. Es tan grande su fe que cree que basta con tocar su manto. A eso sí se atreve. «*Nadie se va a dar cuenta,*», piensa. Cree en el poder que emana de Jesús. Basta con tocar. Ella pretende permanecer oculta en el anonimato. **No se atreve a enfrentar a Jesús. Se siente pequeña e indigna.**

La experiencia del rechazo y la aceptación es fundamental. ¡Cuánta gente se aleja hoy de Dios y de su Iglesia al sentirse rechazada o juzgada! Es fácil juzgar. La forma de vestir o de hablar, los modales o los actos. Nos podemos sentir juzgados aunque no exista juicio alguno. La realidad se crea en el corazón del que se siente rechazado. La mujer hemorroísa, herida en lo más profundo de su corazón rechazado, no se atreve a mirar a Jesús. Pero cuando Jesús la mira se sana la herida más profunda. Nuestra mirada es muy importante. Es la mirada de Dios en nosotros. Si dejamos que vean a Dios, verán su mirada. El otro día una persona me decía que se identificaba con los vitrales del Santuario, porque traspantaban a Dios. Y lo importante no era si estaban limpios o sucios. Es difícil mantenerlos siempre limpios. La luz de Cristo es más fuerte que la suciedad. No obstante, nuestros ojos pueden traicionar a Jesús. Podemos mirar condenando. O podemos estar ciegos e ignorar al hombre, como los discípulos que no veían a la mujer: «*Los discípulos le contestaron: -Ves cómo te apretuja la gente y preguntas: ¿Quién me ha tocado?*» Ignoramos al hombre herido. No somos capaces de verlo. No dejamos que Dios lo mire con nuestros ojos. ¡Qué duros podemos ser a veces! ¡Qué dureza la de nuestra mirada que condena y rechaza! El otro día leía: «*Basta que decidás querer mirar a una persona con ese amor sincero y te des cuenta, con estupor, que es posible una actitud del todo diferente para con ella*»⁴. Comentaba el P. Kentenich: «*Donde yo pueda repartir alegría por mi modo de darme, donde yo pueda difundir un poco de luz solar a través de mi palabra, de mi vida, allí debo intervenir con ansias porque lo que realizo es una gran misión*»⁵. Es posible llenar de amor nuestra mirada. **Es posible dejar nuestros juicios y prejuicios de lado y entregar misericordia al corazón herido que tenemos ante nosotros.**

El momento álgido del relato se produce con el milagro y la consiguiente turbación de Jesús al percibir que una fuerza ha salido de Él. Rodeado por la gente Jesús ha notado algo nuevo: «*Jesús, notando que había salido fuerza de Él, se volvió en seguida, en medio de la*

⁴ Raniero Cantalamessa, “La vida en el Señorío de Cristo”, 213-214

⁵ J. Kentenich, “Las fuentes de la alegría”, 117

gente, preguntando: - ¿Quién me ha tocado el manto? Él seguía mirando alrededor, para ver quién había sido». Sabe que alguien le ha tocado y quiere verlo. Jesús busca. El milagro ha tenido lugar al tocar el manto: «Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias, y que su cuerpo estaba curado». La curación tiene lugar por el simple hecho de tocar su manto. Basta con tocar a Jesús. Decía San Ambrosio: «Así nosotros, si queremos ser salvados, toquemos con fe el manto de Cristo». Sin embargo, nosotros hemos perdido la sensibilidad para tocar a Jesús. No creemos en la fuerza de su amor tangible, nuestra fe se ha vuelto muy intelectual. Ya no creemos que tocar nos sane. Por eso no vemos a Dios y no lo tocamos. El otro día recibió su primera comunión un niño con parálisis cerebral. Él sí quería tocar a Jesús, quería tocar el altar y la comunión. Su ilusión me commovió. El manto de Jesús hoy son los cristianos, es la Iglesia en sus sacramentos y sacramentales, es la bendición que se hace carne en las manos de un sacerdote. Si nos cerramos en nuestra indigencia, sin querer buscar el manto de Jesús, nos perdemos. Decía Jean Vanier: «A medida que crezco en edad, quizás también en sabiduría, y que sigo escuchando a las personas rotas y enfermas y a las que crecen hacia la libertad, más me confirmo en mi fe en Jesús. Veo con claridad cada vez mayor que el gran sufrimiento humano es el aislamiento, el repliegue sobre uno mismo, la falta de amor»⁶. Cuando nos cerramos en nuestra enfermedad y en el dolor que parece incurable, no dejamos que Jesús se acerque; no nos atrevemos a tocar su manto y nos aislamos.

Todo el que se humilla será ensalzado. Dios nos rescata de lo profundo de nuestra humillación. Hemos escuchado en el salmo la experiencia del que ha sido salvado por el Señor: «Te ensalzaré, Señor, porque me has librado y no has dejado que mis enemigos se rían de mí. Señor, sacaste mi vida del abismo, me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa. Escucha, Señor, y ten piedad de mí; Señor, socórreme. Cambiaste mi luto en danzas. Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre» Sal 29, 2 y 4. 5-6. 11 y 12a y 13. La mujer hemorroísa, al ser curada, se llena de alegría. Pero, al ser descubierta en su atrevimiento, se siente humillada. Entonces se acerca con humildad y llena de miedo: «Ella se acercó asustada y temblorosa, al comprender lo que había pasado, se le echó a los pies y le confesó todo. Él le dijo: -Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud» Marcos 5, 21-43. La curación la hace más consciente de su pequeñez, de su poco valor ante el poder del que la ha sanado. Se siente pequeña y frágil, aunque muy alegre por haber sido curada. Jesús la mira y comprende. La herida más profunda es sanada con esa mirada y ella se da cuenta de su torpeza por haber pensado que Jesús iba a reclamarle su acción. Muchas veces nos sentimos indignos para tocar de Dios y nos alejamos. Nos falta el valor de esta mujer que vence sus propios miedos. Jairo también siente la tentación de no molestar más al maestro, con el riesgo de que su hija siga muerta. Hace falta valor para superar nuestros miedos. El miedo al rechazo y al juicio. Antes de que nos condonen, ya nos hemos condenado. **¿Para qué seguir molestando a Dios con nuestras cosas? Nos sentimos «intocables».**

La resurrección de una niña de doce años ocurre también de manera sorprendente: «Todavía estaba hablando, cuando llegaron de casa del jefe sinagoga para decirle: -Tu hija se ha muerto. Jesús alcanzó a oír lo que hablaban y le dijo al jefe de la sinagoga: -No temas; basta que tengas fe. No permitió que lo acompañara nadie, más que Pedro, y Juan, el hermano de Santiago. Llegaron a casa del jefe de la sinagoga y encontró el alboroto de los que lloraban y se lamentaban a gritos. Entró y les dijo: -¿Qué estrépito y qué lloros son estos? La niña no está muerta, está dormida». Jesús sólo le pide fe a Jairo para poder actuar. Aunque todo parece indicar que llegan tarde, porque la niña ya está muerta. Bastaban minutos para que Jesús se hubiera encontrado con aquella niña aún viva. Sólo si no se hubiera detenido con aquella mujer impura. Pero ahora no dormía, estaba muerta. Con la dureza que encierra la muerte. Con la dureza de saber que no hay vuelta atrás: « ¿Para qué molestar más al maestro?» No hay nada que hacer. **Sólo dejar que Jesús siga su camino y Jairo llore a su hija muerta.**

⁶ Jean Vanier, Hombre y mujer los creó, 163

Me impresiona la frase con la que continúa el relato: «*Se reían de Él*». ¡Qué dura esa risa llena de sarcasmo y desprecio! ¿Cómo sonará esa risa en sus oídos? ¿Suena a rabia contenida, a desolación por la muerte, a incomprendimiento ante sus palabras? El hombre se ríe cuando no comprende, cuando no logra descubrir la luz en la oscuridad. El hombre que ha tocado la muerte ya no acepta una posibilidad imposible. La niña ya está muerta y no está dormida. La muerte es la muerte. Es necesario aceptar la realidad de la muerte, aunque nos parta el alma. Pero, al escuchar a Jesús, es como si Él no quisiera mirar la realidad tal y como es. Por eso se ríen con una risa nerviosa, tal vez llena de rabia, sarcasmo y dolor. Porque el dolor puede provocar esta risa de desprecio. ¿Quién es ese hombre que se burla del pobre Jairo, un hombre lleno de angustia? ¿Cómo puede Jesús negar la evidencia? Muchas veces nos reímos nosotros mismos de Dios. No creemos en Él, ni en la resurrección, ni en la vida. Nos reímos de su aparente impotencia con sarcasmo, al ver cómo no interviene en nuestra vida, cómo no nos libra de la muerte. Los que escuchan la palabra «dormida», se rebelan ante la realidad. La niña ha muerto, ¿qué más se puede hacer? Es necesario ahora enfrentar el dolor y aceptar la realidad. La niña ha muerto, la enfermedad ha sido más fuerte. **¡Cuánto nos cuesta mirar la muerte y la enfermedad cara a cara! ¡Cuánto nos cuesta entender los caminos de Dios!**

Pero Dios resucita a esta niña y el milagro sucede en la privacidad de los creyentes: «*Pero él los echó fuera a todos y, con el padre y la madre de la niña y sus acompañantes, entró donde estaba la niña, la cogió de la mano y le dijo: «Talitha qumi» (que significa: -Contigo hablo, niña, levántate). La niña se puso en pie inmediatamente y echó a andar; tenía doce años. Y se quedaron viendo visiones. Les insistió en que nadie se enterase; y les dijo que dieran de comer a la niña*». La niña vuelve a la vida y todo continúa normal, tiene que ser alimentada. No obstante, muchas veces en la vida, el final no es éste. ¡Tantas desgracias suceden cada día! ¡Tanta enfermedad y tanta muerte sin que luego haya resurrección! ¡Tantos finales trágicos sin milagro, sin curación final! Preferimos el final feliz. Por eso podemos llegar a reírnos de Jesús y perder la fe. Nos sumimos en nuestra tristeza, porque todo nos resulta demasiado duro. Es bueno entonces escuchar hoy al P. Kentenich: «*Debemos hacernos inmunes a la tristeza. Es un arte difícil porque, en todo tiempo y, especialmente hoy, hay tantas oportunidades para estar triste: tanta desgracia, tanto sufrimiento exterior e interior. Sufrimientos que nosotros mismos nos deparamos, sufrimientos que otros nos deparan, sufrimientos anímicos, corporales. Significa que no hay nada en este mundo que pudiese ponernos profundamente tristes. ¡Nada!*»⁷ Es el desafío del cristiano que ve la belleza en la fealdad de la muerte. El cristiano que busca siempre el milagro de la paz de Dios. Chiara Corbella, una chica romana de 28 años, murió el pasado 13 de junio. En el quinto mes de su embarazo le descubrieron un tumor. Ella se negó a iniciar los tratamientos hasta que naciera su hijo. Con su decisión logró que su hijo Francesco naciera sano, pero ella no pudo vencer el cáncer. Comenta el sacerdote que predicó en su funeral que, tras el diagnóstico médico del 4 de abril, en el que se la declaraba enferma terminal, pidió un milagro: «*Pero no la curación, sino la paz para vivir estos momentos de enfermedad y sufrimiento, tanto ella como las personas más cercanas*». Chiara pidió el milagro de la paz para vivir la enfermedad con esperanza. Pero no pidió el milagro de la curación. Nuestro corazón se rebela contra la muerte y pierde la paz. Chiara sólo quería que su familia tuviera paz. Su marido Enrico comenta: «*Esta Cruz (si la vives con Cristo) no es fea como parece. Si confías en Él, descubres que en este fuego, en esta Cruz no te quemas, y que en el dolor existe la paz y que en la muerte existe la alegría*». La paz es el milagro más sorprendente. Ella pedía estar unida a Dios. Pedía poder tocar a Dios para tener paz, tocar su manto y permanecer a su lado. Ya lo dice Benedicto XVI: «*La unión con Dios no aleja del mundo, sino que da la fuerza para estar y hacer lo que se debe en el mundo*». **La unión con el Señor, el tener valor para estar a su lado, nos pacifica. Es necesario querer tocarlo y fortalecer la fe.**

⁷ J. Kentenich, “Las fuentes de la alegría”, 118